

Algunos de sus poemas, a fuerza de instantánea espontaneidad, diríase que tienen un olor doméstico: a mantel recién almidonado, a pan fresco, a fruta madura. "Acuario", así, no parece hecho con palabras, ni mucho menos con metáforas efectistas, sino con vivencias, con emociones e, incluso, con ideas. La forma, en este caso, como ojalá fuera con menos influencia en los libros de versos, no pasa de ser un cristal transparente que permite ver, sin estorbo ni distorsiones, el mensaje acendradamente humano de Claribel Alegría.

El denominador común de ese mensaje —parcelado en 23 poemas— es una especie de pureza, de desenfado, de frescor precolombino. En Claribel Alegría subsiste la voz de una Eva rediviva y, ahora, ciudadana. El marco de su "Acuario", hecho por la mano hábil de Mauricio Amster, es de una sobriedad que cuadra perfectamente con el espíritu de la autora.—*Edmundo Concha.*

<https://doi.org/10.29393/At365-366-145PVMC10145>

### "PEPE VILA Y LA ZARZUELA CHICA"

Sobriamente, los catedráticos Sres. Manuel Abascal y Eugenio Pereira han escrito una obra sobre la personalidad y la labor del gran valenciano Pepe Vila (1861-1936). Con ella, ambos autores responden a su prestigio de investigadores. Son doscientas y tantas páginas donde no sólo hay apuntes biográficos o anecdóticos del notable actor —que exaltó con su chispa toda la humanidad de la vieja zarzuela española— sino que hay además en ellas la cabal descripción del marco histórico en el cual se vertió la prodigiosa personalidad del cómico valenciano. De la colaboración estrecha de Abascal y Pereira —¿dónde empieza la labor de uno, dónde termina la del otro? — ha nacido este trabajo, "fiel a los hechos y verdadero en sus afirmaciones".

La obra empieza plena de encantos en sus descripciones. En 1892 —al filo de las fiestas patrias— llegó Pepe Vila integrando una caravana teatral que dirigía el barítono José Palou. El hecho sirve

a los autores para trazar en forma vívida y emotiva la descripción de algunas ciudades del país. Aunque la advertencia del Prólogo nos insiste en la falta de gracia literaria del trabajo, asombra leer las líneas diáfanas que ambos profesores labran para describir esas ciudades. “Sobre el desierto, entre el mar azul que baña sus orillas y lomas amarillentas que recortan la línea imperceptible de la llanura salitrosa, Iquique estaba orgullosa de sus 30.000 habitantes”. “Valparaíso, ciudad de 120.000 almas, representaba en esa época el orden moderno, el mundo palpitante de los negocios. Grandes casas: Grace y Duncan Fox, Williamson, Jouve y Lea Poudensan y al lado del “Te Demonio” y “Emulsión de Scott”, los anuncios de “Los Cien mil Paletos” y “El Gato con botas”. ¿Cuál de los dos autores —preguntamos— es el chispeante “croniqueur” que desliza, rauda, su pluma para contar estos aspectos olvidados de Valparaíso fin de siglo? Pero aún hay más: “El círculo de las recreaciones de los jóvenes acomodados se movía en las visitas a las casas de familia, las frecuentaciones del Club Social, la rica chica de Peter Peter, los bisteques con huevos fritos en el Café del Pacífico o el de la Bolsa; a veces un valdiviano a medianoche en el Casino; un doble de espumosa cerveza Plagemann en el Gambrinus, remate de alguna juerga nocturna en el Almendral”... Entre todas las diversiones de entonces, la que acapara mayores adeptos es inudablemente, el teatro. En el viejo Odeón la empresa de León Bruck presenta espectáculos extravagantes, como ese conjunto de “Los 3 bemoles”, que parodia las arias de Trovador y La Favorita en cacerolas, teteras y jofainas. En el Nacional, teatro zarzuelero, actúa la compañía inglesa Cleary y populariza las operetas de Gilbert y Sullivan. Y en el nuevo teatro de la Victoria, menudean las óperas. Santiago en 1892 tenía 250.000 habitantes. Mientras Valparaíso miraba hacia Inglaterra “y tenía olor a cachimba, brea y cigarros puros”, Santiago imitaba el tono de París. El Municipal era el centro de las recreaciones; allí imperaba la ópera y la música “más que oída era vista”. Allí se lucía el maestro Padovani en el acompañamiento de las fiorituras de las primas donnas. Otro espectáculo capitalino era

presentado en el teatro de madera del Santa Lucía, inaugurado en 1886 por la compañía de zarzuelas de Serrano y Francesch. Ese mismo año, en la segunda cuadra de la calle Dieciocho, Sarah Bernhardt, inauguró el viejo teatro Santiago con el drama de Sardou "Fedora". Pero la catedral del llamado "género chico", fué el teatro Politeama, remedo del Apolo de Madrid. Fué inaugurado el 89 y estaba ubicado en la calle Merced, donde hoy está el Santiago. Este teatro, que conoció los estruendosos aplausos prodigados a don Pepe, fué tal vez el primer intento de vida nocturna que hubo en la capital.

Estos fueron los escenarios por donde cruzó la personalidad artística de ese cómico cuyo nombre pronunciaron con reverencia todos los chilenos de entonces. De Pepe Vila se hablaba con apasionamiento en todos los sitios del país. Fuera de la batería iluminada —en el club, en la calle, en el salón, en la doméstica mesa— su actuación daba tema para un dilatado y chispeante diálogo. Al pisar nuestra tierra, Pepe Vila venía ya con un bien cimentado prestigio. Le habían conocido los escenarios de España, Venezuela, Guatemala, Costa Rica, Colombia, México, Cuba, Puerto Rico, Panamá, Ecuador y Perú... Y en todos estos países había admirado al público y a la crítica. ¿Qué había en él que despertaba de inmediato la atención y la simpatía? Los comentaristas trataron de explicarse el fenómeno. Uno dijo: "Es un artista de conciencia y de corazón". Otro: "Es admirable el tino que posee para adaptarse a un tipo..." Y otro: "Como actor es incomparable, único..."

Pepe Vila se enfrentó por primera vez al público chileno el día martes 6 de septiembre de 1892 en el Teatro Municipal de Iquique. Representó, ante los aldeanos atónitos de curiosidad, la opereta "La Mascota". Cuando cayó el telón, había conquistado plenamente el corazón de esas gentes. Lo mismo ocurrió el 30 de octubre del mismo año en el teatro del cerro Santa Lucía con "La Tempestad". Los éxitos de la temporada, que duró cuatro meses, los compartió con su esposa la actriz Paulina Celimendi, que le ayudó

a triunfar aquí en Chile en las zarzuelas "Campanone", "La Bruja", "Sueño de oro", "El Salto del Pasiego" y otras.

La temporada iniciada por Pepe Vila en Chile ese año de 1892 terminó 44 años más tarde: en 1936, cuando un pueblo contrito le acompañó hasta su última morada y cuando la prensa —a través de sus brillantes plumas— le rindió unánime tributo de admiración.

Cuando se dé cima a la ardua tarea de escribir la historia completa del teatro chileno, esta obra que han escrito los profesores Manuel Abascal y Eugenio Pereira, ha de ser —no lo dudamos— la que se cite con más frecuencia y la que proporcione el más riquísimo material sobre la zarzuela chica, género que hizo grande Pepe Vila. Y esto, no sólo por los merecimientos de investigación y estilo que la adornan, sino, además, por el amor y el profundo contenido humano que ella encierra. Al doblar la última página de la obra, el lector siente humedecidos los ojos por la emoción y por la insospechada riqueza que logra apreciar en la personalidad de un actor, José María Vila Bonastre, que supo ser también un gran señor de la vida.

Completa esta obra, de positivos méritos una serie de apéndices que incluyen colecciones de artículos sobre la vida y obra de Pepe Vila, escritos a raíz de su fallecimiento, en 1936; elenco de las compañías de zarzuela chica desde 1886 hasta 1929; nombres de obras representadas por Pepe Vila; nombres y actores y autores y profusa colección de fotos de artistas que, ignorados algunos, acompañaron al cómico en su trayectoria escénica. Allí están Joaquín Montero, Irma de Gásperis, Alfredo Padovani, Lelia Fernández, Sebastián Gámez, Elvira Celimendi, Juan Zapater, Francisco Hernández, Vicente Jarques y, en fin, tantos otros que saborearon, junto a don Pepe, la emoción de los aplausos el embrujo de las bambalinas y el dulce calorcillo del afecto colectivo.—*Mario Céspedes.*